CUENTO ORIGINAL

El gorila y el tablero de sonidos

Texto íntegro · lectura imprimible

Una narración de ficción; los animales y los acontecimientos son imaginarios.

En un bosque imaginario había un claro donde los animales se reunían para escuchar música. No tenían un teatro con cortinas. Usaban un tronco caído como escenario, una rama para colgar hojas y cinco piedras lisas que servían de asientos.

Goro, un gorila, quería preparar una función de sonidos con Tila, la rana, y Pipo, un pájaro joven. Habían elegido cinco sonidos para contar la llegada de la lluvia y el regreso del sol. Ninguno de los tres sabía hacerlos todos, pero cada uno recordaba una parte.

Tila había preparado el comienzo: una gota tocando una hoja ancha, «ploc», y un croar bajito. Pipo sabía silbar una nota breve y golpear dos veces una ramita hueca. Goro había elegido un «um» grave y corto que sonaría cerca del final.

Para que nadie se confundiera, Tila hacía un clic suave con dos semillas antes de cada cambio. Lo ensayaron en orden: gota, silbido, croar, voz de Goro, dos golpecitos. Sobre el tronco colocaron cinco piedritas en fila, una por cada entrada.

El primer ensayo empezó bien. Se oyó el «ploc» y luego el silbido. Pero Goro estaba tan entusiasmado que comenzó a tararear por debajo de todos los sonidos. Su voz se extendía como una manta sobre el claro. Cuando Tila hizo el clic para dar paso al croar, Pipo no lo oyó y repitió su silbido.

—Creo que me salté una piedra —admitió Pipo.

—Yo tampoco escuché el cambio —dijo Tila.

—Puedo cantar más fuerte para que todos sigan mi voz —propuso Goro.

Lo intentaron de nuevo. Tila levantó las semillas, Pipo se preparó para silbar y Goro cantó con tanta fuerza que tapó el sonido de las gotas. Pipo creyó que había llegado su turno, Tila creyó que tocaba el cuarto y los cinco sonidos terminaron mezclados.

Los tres se sentaron junto a las piedras. Goro miró el orden que habían preparado. No era que la función necesitara un sonido más fuerte. Necesitaba una manera de saber cuándo empezaba cada parte.

—Conozco mi «um», pero no recuerdo en qué momento debes croar, Tila —dijo—. ¿Y si, en vez de cantar todo el tiempo, les marco las entradas con algo que podamos ver?

Pipo ladeó la cabeza.

—¿Como una señal con la mano?

Goro levantó un brazo y lo mantuvo quieto. Cuando abrió la palma, Tila dio un «ploc» pequeño sobre la hoja. Cerró la mano, esperó un instante y volvió a abrirla. Pipo silbó. Los dos habían visto la señal, aunque no hubieran oído las semillas.

—También podemos mirar las piedras —añadió Tila—. Yo soy la primera y la tercera.

—Yo, la segunda y la quinta —dijo Pipo.

—Y yo, la cuarta —completó Goro—. No hace falta que una sola voz recuerde toda la música.

Prepararon un tablero con cinco casillas hechas de hojas. En la primera dibujaron una gota; en la segunda, una pluma; en la tercera, una pequeña curva para el croar; en la cuarta, un círculo para la voz breve de Goro; en la quinta, dos puntos por los golpecitos. No había palabras escritas. Colocaron una semilla sobre la primera casilla y la movían de una a otra durante los ensayos.

La prueba siguiente fue distinta. Goro esperó a que todos lo miraran. Abrió la palma y Tila dejó caer la gota. Bajó la mano. Deslizó la semilla hasta la pluma. Abrió la palma otra vez y Pipo silbó. En la tercera casilla, Tila croó tan suave como había planeado. No hizo falta repetir nada.

Cuando llegó la cuarta, Goro sintió ganas de llenar el claro con una voz enorme. Miró a sus amigos. Ellos aguardaban su entrada, no una voz que tapara las demás. Goro eligió el «um» corto y grave que había preparado al principio. Se escuchó claramente porque antes había silencio.

Para la quinta casilla, Pipo dio dos golpecitos. Uno, dos. La secuencia terminó y ninguno tuvo que preguntar qué parte venía después.

El día de la función, los animales se sentaron en las piedras. Una brisa movió las hojas del tablero, pero las casillas siguieron en orden. Goro levantó la palma para empezar. Cada intérprete miró el gesto, encontró su lugar y dejó espacio a los demás.

Al final, el público pidió repetir la música. Tila quiso comprobar el tablero antes de comenzar. Pipo se acercó para alisar una hoja. Goro levantó su brazo, sonrió y esperó a que los dos estuvieran preparados.

La segunda vez sonó tan bien como la primera. El bosque no se volvió silencioso; se volvió un lugar donde cada sonido tenía su momento. Y la voz de Goro, breve y elegida por él, formaba parte de la función sin ocupar todas las entradas.

Aureliano Vargas · Firma editorial de Maestros y Padres